

El Falo, la Castración, Dios y el Nombre*

Leopoldo Müller

Descriptores: RELIGION / FALO / JUDAISMO / PALABRA / DIOS / BIBLIA.

Las páginas siguientes aspiran ilustrar un apotegma de la escuela lacaniana: *Les mots ne peuvent parler directement du sexe*". La discusión de los alcances del mismo en un intercambio personal con Serge Leclair, me ha estimulado a poner sobre el papel un aporte de fuentes bíblicas, menos frecuentadas que las de la mitología grecolatina. Apunto a dar cuenta de la naturaleza de las palabras y del falo como significante privilegiado. Y de ser cierta la aseveración, de ser algo más que un *divertissement*, ella valdrá para todos los idiomas.

Dios, su nombre y el falo, son innombrables para cualquier lugarteniente, y ni siquiera en hebreo, "el idioma de Dios", se conseguirá emplazarlos.

El énfasis puesto por Freud en el análisis de las palabras como "material" y en la naturaleza de los símbolos, abrió el camino en el que converge hoy gran parte del pensamiento, tanto en el campo de la filosofía antropológica (Cassirer), como en el de la antropología cultural (Lévi-Strauss) y que Lacan resume en una de sus incitantes afirmaciones: "El orden del símbolo ya no puede ser concebido como constituido por el hombre sino como el constituyente.

La escuela lacaniana, en un uso un tanto libre de la noción que en lingüística tiene el vocablo "significante" (más que referente, que no daba cabida al concepto de estructura), consiguió con ese recurso forzar la atención de los psicoanalistas hacia el análisis lingüístico, en su expresión visual, acústica, morfológica, sintáctica, amén de la semántica, como método apropiado para el estudio de lo inconciente.

En lo que sigue, me valdré de ciertos anagramas que tomo del hebreo, con un énfasis especial en la representación gráfica, como en los jeroglíficos. En hebreo se lee de derecha a izquierda, al igual que en los jeroglíficos del egipcio antiguo, los idiomas semíticos antiguos cananeos, ugarítico, arameo, etcétera. Lo mismo ocurre en el árabe moderno. La escritura hebrea moderna utiliza los caracteres gráficos del arameo. Para mayor simplificación suprimiré la vocalización, para la cual se utiliza un sistema de puntuación debajo de las consonantes.

* Escrito especialmente para la Revista Uruguaya de Psicoanálisis

Es necesario tener en cuenta que los signos del alfabeto forman eslabones de una larga cadena evolutiva en la búsqueda de una correspondencia entre un dibujo y un sonido. Antes de haber adquirido cada letra su valor fonético, su dibujo ha sufrido un proceso de decantación, partiendo de una pictografía hasta llegar a estar constituido por diferentes elementos separados, compuestos por signos, que pasaron a constituir un ideograma. La idea representada en este caso gráficamente, es ya mucho más abstracta y convencional. Un alfabeto ya constituido, como el semita al que me voy a referir, es acrofónico, o sea que el valor fonético de cada letra es también el primer sonido de su nombre. Los investigadores reconocen la imposibilidad de reconstruir el curso de un proceso de más de cuatro mil años, durante el cual los 22 signos de los caracteres hebreos han adquirido su forma actual y sirvieron de base para el griego, el latino y para los caracteres cirílicos. Pero sabemos que en el proceso de simbolización los elementos inconcientes son determinantes.

Las fuentes a las que me remito, puesto que siempre debemos remitirnos a Otro como prenda de la verdad, son dos: “Diccionario hebreo etimológico” de lehudá Gur (altamente conceptualizado por hebreístas), * y el “Diccionario hebreo-español” de Manuel Winocur.

Es sabido que tampoco los diccionarios han logrado escapar de la metonimia. Cada diccionario se refiere (copia) a uno anterior. Seguramente cuando Dios creó el universo, entre las muchas cosas creadas debían estar el Primer Diccionario y las Primeras Tenazas, puesto que ambos necesitan para su manipuleo uno anterior. Lo mismo ocurre con las palabras.

Palabra se dice en hebreo *milá* y se escribe así, מלה . Es de género femenino, pero en plural lleva la terminación masculina “*im*”; se dice pues *milim* (palabras). Se masculiniza pero sigue siendo femenino (irregular).

Los significados de *milá* (מלה) son los siguientes: palabra, término, dicción, discurso, oración. Y agregan los diccionarios: véase “*milá*”. Vale decir, se remite de *milá* (palabra) a otra similar homofónicamente; de מלה a מילה.

Se leen y pronuncian igual, pero se escriben con *una pequeña diferencia* que ya se habrá advertido (י), una letra que no tiene sonido.

Sobre מילה (*milá*), los diccionarios precisan que es también del género femenino. No tiene plural y sus significados según Gur son, primera acepción: sección de la carne prepucial; segunda: órgano de la masculinidad circuncidado; tercera: hombre (*ish* en hebreo), macho, gallo, marido; séptima: parte de un órgano o utensilio que *sobresale como una espina*. (¡Buena advertencia!)

Algunas precisiones. El hebreo antiguo es llamado “idioma sagrado”. No tiene nombre alguno para pene, falo o vagina. Ni en el lenguaje “elegante” ni en el grosero. Ni siquiera existe la palabra sexo. Sólo existe “género”, de modo que sólo se podrá decir “órgano del género masculino”, o bien “órgano del género femenino”. La referencia es pues solamente por perífrasis, sinécdoque o -metonimia. *

Femenino (género) se dice *nekevá*, es una voz proveniente del verbo *nakov*, agujerear, y su significado es agujereada. Masculino se dice *zajar*, del verbo *zajor*,

* 7ª Ed. de “Dvir”; Tel-Aviv, 1952; y ed. “Cultura”; Buenos Aires, 1930.

* El hebreo moderno ya ha corregido estas “omisiones”. En los últimos cincuenta años ha incorporado metáforas que aluden a los genitales, tomadas de la jerga militar. “Arma” es la expresión “grosera” que nombra el pene.

recordar, y se emplea en este caso en pasado, en la tercera persona del singular. O sea “*recordó*” (¿que la espina puede ser cortada y quedar agujereado?!)

Volvamos a la palabra milá, מילה , aún completa (con la cosita), que como vimos significa órgano de la masculinidad circuncidado. ¿Y el no circuncidado? ¡No existe! Alude a la imposibilidad de concebir un órgano masculino sin su circuncisión.

La palabra milá, מילה , que se emplea habitualmente precedida de *brit* (*brit-milá*), significa pacto de la circuncisión; alude al pacto de Abraham realizado con Dios que se narra en el libro del Génesis, capítulo 17, versículos 1 a 14, en el cual Dios le impone dos cambios, *en su nombre* y *en su cuerpo*, como materialización de una escenificación simbólica que se relata en un capítulo anterior, el 15, versículos 1 a 18. Es muy ilustrativo el análisis cuidadoso de ambos capítulos que se refieren al extraño pacto que se cumple primero con la mediación de víctimas propiciatorias y luego en carne propia.

En el capítulo 15 comienza Dios prometiendo ser para Abram (se llama aún así) su escudo y galardón. Pero éste se lamenta amargamente ante Dios porque está solo y no tiene prole. Dios se la promete mediante un pacto simbólico, consistente en el siguiente ritual impresionante [transcribo el texto tomado de la versión española en la Biblia Marietti, bajo la dirección de Salvatore Carofalo, inspirado en el espíritu del Concilio Vaticano 11 Ed. Labor 1969, de esmerada traducción y presentación], [versículo 9]: “Le dijo [Yavé]:

Levántate, toma una becerro de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón. [10] Fue a coger todos estos animales, luego los partió por la mitad y puso cada mitad frente a la mitad correspondiente; pero *no partió las aves* [subrayado mío]. [11] Inmediatamente cayeron las aves de rapiña sobre los cuerpos muertos, pero Abram las ahuyentó. [12] Cuando el sol estaba a punto de ponerse, un sueño profundo cayó sobre Abram, y he aquí que lo asaltó un gran espanto.”

Esta versión es similar, salvo pequeñas diferencias de estilo, a la de Cipriano de Valera (1602), la más difundida en español. Pero *ambas* nos deparan la misma sorpresa. El versículo 10 del texto hebreo, donde se narra que todos los animales fueron seccionados, dice manifiestamente: “y *al pájaro* no lo seccionó”. Pues bien, este versículo ha sido desfigurado, al menos en todas las versiones de las traducciones españoles que conozco, mediante una pequeña permuta. En lugar de traducir la palabra *tzipor* (pájaro) que se usa en el texto hebreo en *singular*, los piadosos traductores españoles dicen “*las aves*”, que en hebreo se diría *ofot*. Pero *ofot* *ni siquiera figura en el texto original*. Ese mismo “error” se puede leer en la versión francesa de la Biblia (Versión Synodale, 3^o edición; Société Biblique de France, Lausana; 1922) donde el mismo versículo queda traducido así: “[...] mais il ne partagea pas *les oiseaux*” (subrayado mío), vale decir *las aves*, en lugar de “*l’oiseau*”, *el pájaro*. (Abram hizo trampas, ¿acaso porque intuyó de qué pájaro se trataba, al igual que los piadosos traductores con el mismo “error”?)

Hay más sorpresas aún. En el mismo versículo 11 donde los traductores dicen, “*las aves de rapiña*”, el texto hebreo emplea la palabra “*áit*” buitre, en singular. Esta palabra deriva del verbo *aiot* que significa, acometer, ofender, ultrajar. Esto torna comprensible la identificación de los traductores con el pobre Abram, precursor de las múltiples, pero inútiles maniobras para conservar el pájaro intacto ante tamaño ultraje, pasando por alto las intimidaciones y promesas del buen Dios. En el capítulo 15 (el de la referida

escenificación simbólica), el pájaro se salvó en medio del espanto. Pero en el capítulo 17, mezclando amenazas y halagos, Dios le dice nuevamente (versículo 10), pero esta vez sin ambages, de qué pájaro se trata: “Esta es mi alianza que debes observar, alianza entre mí y vosotros y tu descendencia después de ti: sea circuncidado todo varón en medio de vosotros. [11] O sea, os haréis cortar la carne de vuestro prepucio, y ésta será la señal de la alianza entre mí y vosotros.” Impone su Ley, la castración.

Pero Abram se demora. En el versículo 23 del mismo capítulo acomete primero la carnicería de los otros y sólo después, en el 24, realiza su propia circuncisión, tras haber descreído primero de la posibilidad de poder tener hijos a los 99 años (sin él pájaro).

Habrà que cortar el òrgano aludido, innombrable, מילה , que remite al pacto y a la Ley del Dios Padre, para tener acceso a la acción, al verbo y por ende a la palabra. Véase lo que tiene que ocurrir (dicen incluso los diccionarios) con el falo (innombrable), מילה , para que sea palabra, מלה. Suenan igual. Ni se nota, casi, la diferencia (entre lo masculino y lo femenino), habrá que fijarse mucho para verla. Desaparece “*das klein e*” (י) y hay recompensas.

¿Por qué digo que se trata de *das kleine*? ¿Es sólo un juego visual? Es la representación gráfica de la diferencia sexual entre el hombre y la mujer y Dios no me dejarà mentir. En hebreo, el artículo determinante masculino singular se dice “*hu*” (hache aspirada) y se escribe así: הוּא . Su femenino se escribe היא y se lee “*hi*”. Obsérvese que la letra del medio empleada en ambos casos es de la misma forma, sólo que en el masculino la prolongación es *más larga* (י, י)

El Génesis, capítulo 1, versículo 27, que narra el mito del origen de los hombres dice que Dios los creó masculino (*zajar*, recordador) y femenino (*nekev,á*, agujereada). En el capítulo 2, versículos 19 y siguientes, se narra el origen de los nombres de seres y criaturas. Dios observa a Adam elucubrando qué nombre le ponía a los seres, pues ese sería su nombre por la eternidad. En el versículo 23, una vez creada la mujer, se dice y se muestra (con la escritura) como es la cirugía de la mujer y de su nombre. Tomo el texto de la versión de de Valera, que es esta vez más fiel: “Y dijo Adam: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona porque del varón fue tomada”. En la versión francesa ya citada, para que se comprenda mejor el sentido, un sentido que las palabras *femme* y *homme* no pueden reproducir, se hace una llamada y se señala que: “En hebreu, homme se dit «ich» et femme «icha»”. Veamos ahora gráficamente cómo se opera el anagrama en el nombre y la cirugía en la carne: “*ish*”, איש, varón (hombre); “*ishá*”, אשה, varona, (mujer). La pequeña diferencia es otra vez la supresión de “*das kleine*” (י)

Volvamos una vez más al Génesis (capítulo 17, versículo 15). Dios le dice a Abram que si su mujer quiere tener la recompensa de un hijo (ser mujer) tendrá que sufrir un pequeño cambio de nombre, una insignificancia: “A Sarai, tu mujer, no la llamarás más Sarai, Sara será su nombre”. Nuevamente la representación gráfica de las letras ilustra el proceso. No será más שרַי (Sarai) sino שָׂרָה (Sarah, con hache muda). La mujer tiene que aceptar que no tiene “*das kleine*” (י) y que en lugar de eso tiene ה, aberturas.

Pero no es cuestión de mujeres solamente. Vuelvo al libro. Ya anteriormente (capítulo 17, versículos 3 al 5) también le pasó lo mismo a *Avram* (que tal era su nombre en los comienzos: אַבְרָם. Un cambio de nombre para poder procrear a cambio de algunas renunciaciones. Pasó entonces a llamarse Avraham (אַבְרָהָם) [en español se dice

Abraham], introduciéndole la misma “h” (ה) que a la mujer.

Detrás del nombre se ocultan sueños. Av-ram significa Padre de las Alturas, al cual quisiera igualarse en su delirio. Pero acepta ser menos que eso, Padre de multitudes (Avraham), con un cierto escamoteó que la “h” (ה) simboliza y recuerda. Esta “h”, ה, que iguala al hombre con la mujer, así como la supresión de la ו, que representa “das kleine” y que se le impone a la mujer, aclara visualmente las amputaciones en el nombre y cuerpo del hombre como en el de la mujer, y queda inscrita en forma indeleble en la memoria de todos los hombres, la Ley impuesta por el Padre Dios.

Tiene la letra “h” hebrea (ה) otros muchos significados. Es la letra que tanto ponderan los cabalistas por sus virtudes generatrices, opinión compartida por la de los exégetas que deducen esos poderes por el hecho de que es el don de Dios para la procreación. Deducción que surge de los versículos citados, puesto que fue el símbolo de la fertilidad concedido a los patriarcas. Es la “hache del conocimiento” (*hei haiediá*) que en el lenguaje bíblico se refiere a la procreación. “Y conoció Adam a su mujer Eva, la cual concibió y parió a Caín y dijo: adquirido he varón por Jehová” (capítulo 4, versículo 2). El artículo gramatical, masculino y femenino en hebreo, se llama igualmente “hache del conocimiento” (*hei haiediá*). Al oficiar de pronombre para ambos sexos va en lugar del sujeto y oficia de símbolo del saber y “conocimiento” y recuerda el precio (la castración).

Más significativo aún es el hecho de que forma parte del enigmático criptograma del nombre del Dios - Padre desde tiempos inmemoriales, revelado y revelado por el temido Padre - Dios de la zarza ardiente, tal cual se narra en el libro del Éxodo, capítulo 3.

Es un Dios que se oculta y no se deja ver ni en su figura ni en su nombre, que es innombrable. Es el Tetragramatón sagrado, nombre hierático indescifrable que nadie sabe cómo se pronuncia. El nombre de Jehová o Iahvé es incorrecto. Solamente se conoce la representación gráfica que es la siguiente:

יהוה Como se puede ver contiene las letras que hemos estado siguiendo por un tortuoso sendero. Comprende los símbolos gráficos que según mi interpretación simbolizan lo masculino y la femenino (ו, ה) y el símbolo de la generación (ה), ya aceptado como representación del conocimiento y del saber. Pero como traté de demostrar, al precio de la castración (re-negada y recordada).

El nombre de Dios en hebreo es impronunciable. Está prohibido nombrarle de otro modo que por perífrasis: sólo se le puede aludir por El Señor, El Todopoderoso, El Nombre, la Palabra. Hay una verdadera evitación (fóbica) de la palabra (יהוה) que lo menta. El nombre pleno de Dios es elusivo, como el del falo (מילה) que tras la circuncisión da nacimiento y nombre al sujeto y a la palabra. Precisamente, en el acto ritual de la circuncisión del niño judío (la castración simbolizada) y *tras la sección del prepucio*, el sujeto recibe su nombre, se le da el patronímico, y nace (para la comunidad).

Dios, Su nombre -y el Falo se equiparan en santidad. ¡¿Tamaña blasfemia?! Nuevamente El Libro me auxiliará.

En un momento muy solemne para Abraham, narrado en Génesis, capítulo 24, versículos 1 a 4, se lee: “[1] Abraham era viejo, avanzado en años, y Yavé había bendecido a Abraham en todas las cosas. [2] Dijo entonces Abraham a su servidor, el anciano de la casa, que administraba todos sus bienes: ¿Pon la mano bajo mi muslo:

[3] Te haré jurar por Yavé, Dios del cielo y Dios de la tierra, que no tomarás para mi hijo una mujer entre las hijas de los cananeos, en medio de los cuales habito, [1] sino que irás a mi país a tomar de mi parentela una mujer *para* Isaac, mi hijo». (Sic; de la versión de Salvatore Garofalo.) Y en el versículo 9: “Entonces el servidor puso la mano bajo el muslo de Abraham, su señor, y le prestó juramento con relación a este negocio.

Un episodio de no menor solemnidad se relata en Génesis, capítulo 47, versículos 29 a 31: “[29] Cuando se acercó el tiempo de su muerte, Israel llamó a su hijo José y le dijo: «Si he encontrado gracia a tus ojos, pon tu mano bajo mi muslo y usa conmigo bondad y fidelidad: no me sepultes en Egipto. [30] Cuando me haya acostado con mis padres, sácame de Egipto y entiérrame *en* el sepulcro de ellos.» José respondió: «Haré según tus palabras» Y Jacob: «¡Júramelo!» José se lo juró; entonces Israel se postró sobre la cabecera del lecho.”

Este eufemismo de “poner la mano bajo el muslo” puso a prueba la retórica exegética de los más devotos comentaristas por más de dos mil años. En la edición bíblica posconciliar ya aludida, en una glosa de la impresionante lista de colaboradores, se nombra lo *innombrable simplemente con otro* eufemismo: “La acción de poner la mano bajo el muslo, es decir junto a los órganos de la generación, indica un compromiso no sólo en favor de Abraham, sino también de su descendencia”. Esta metonimia nada aclara sobre el significado de un acto de juramento de esta naturaleza en el cual poner la mano «junto a los órganos de la generación» va asociado al nombre de יהוה, Yavé, lahvé o Jehová, Dios del cielo y de la tierra. Ni menciona tampoco el hecho de que la mano *siempre es posada sobre el falo y nunca sobre los “órganos femeninos de la generación”*.

En cambio Rashi, (siglo XII d.J.C.), el más popular de los comentaristas judíos, dice en su glosa sobre el capítulo 24: “Bajo mi muslo, significa [que] quien jura debe tomar en su mano un objeto sagrado, tal como el rollo de la Torá [la palabra de Dios], o filacterias y la מילה milá [el falo] fue su primer precepto sagrado que adquirió [Abraham] con sufrimiento y [por ende] era muy querido por él”. Agrega Rashi entre paréntesis: “(No dice *tu muslo* por cuanto no puede hacer juramentar al siervo [Eliezer] con su propio falo

porque el de Abraham fue el primero [en la santificación], antes que el del siervo)”. Pero aquí es Rashi mismo quien comete un “error” ortográfico, reproducido fielmente en todas las ediciones, al referirse al falo de Eliezer, el siervo. Escribe מילה (milá) en lugar de מילה (milá), que sí usa al referirse al falo patriarcal de Abraham, el primero y el más sagrado. ¡No le falta la cosita!

Otros comentaristas midráshicos (siglo II d.J.C.) más próximos a los diversos mitos apócrifos y por ende al espíritu de los mitos bíblicos enriquecen y arrojan luz sobre la naturaleza y significado de la ceremonia del juramento más sagrado. En esos textos la escena del Génesis, capítulo 47, versículos 29 y ss. se narra así [tomado de Graves y Patai]: “Cuando los días de Jacob se acercaban a su fin, llamó a su hijo José a la tierra de Gosén y le dijo: «Jura que me enterrarás, no entre los egipcios, sino en la caverna de Macpela, en Hebrón». José contestó: «¿Soy un esclavo para que me exijas un juramento?»

* *Los mitos hebreos*, de Robert Graves y Raphael Patai. Ed. Losada; Buenos Aires 1969.

«No; pero, ¡pon tu mano bajo mi muslo y jura!»

“«Es impropio que un hijo toque la circuncisión de su padre. Sin embargo juro por el Dios Vivo que serás enterrado en Hebrón».”

Graves y Patai aclaran que el eufemismo equivale a “toca mi órgano sexual”, solemne juramento que aún se usa en la actualidad, en ciertas tribus beduinas porque sirve para recordar “el rito de la circuncisión que obligaba a Abraham y a todos los suyos a servir a Dios”.

Sin embargo, el texto anterior muestra las tribulaciones de un hijo en comprobar la castración del padre y prefiere sustituir esa amarga realidad por la del Dios Padre celestial, cuyo nombre יהוה impronunciable, invisible, intocable, permite la renegación de la materializada castración (circuncisión, que la simboliza por la eternidad). Alguien, Dios, posee los atributos intactos. Puede servir de fetiche contra la castración. Poner la mano es comprobar lo inevitable. El falo, la castración, Dios y su nombre constituyen una concatenación de significantes, que bajo la invocación de una ecuación santificada intentan encubrir con la negación, la profanación. Pactar en hebreo se dice “cortar un pacto”. El dilema de las palabras es precisamente su remisión antitética.

La compulsión a la repetición me llevaría a multiplicar ejemplos que siempre apuntarían a la convergencia de lo mismo. Al conocimiento y su naturaleza (sexual). El temor que engendra ese saber y quien lo personifica; el Padre (Dios), simbolizados por el falo y su nombre, temido, impronunciable, y la condición esencial humana de la castración (del hombre y de la mujer). En su lengua y en su habla se refleja en los mitos del pueblo que gusta ser llamado el pueblo del libro.

Leopoldo Müller *

Recibido el 19 de octubre de 1976.

* Dirección: Bartolito Mitre 2588, ap. 701. Montevideo.

La circuncisión es una práctica muy antigua y lo ilustra este bajorrelieve egipcio que data de unos dos mil quinientos años A. C.

Sus orígenes son imposibles de precisar y se ha desistido de hallar una explicación enteramente satisfactoria sobre su significado, habiéndose invocado fundamentos mágico-religiosos, sociales, nacionales y aun higiénicos, los que ya figuran en Herodoto. Según este historiador se originó en Egipto, pero hay evidencias de que existía entre diversos pueblos tanto del Cercano Oriente como de África, Australia, etc., realizándose de maneras bien diferentes: sección total o parcial o corte a lo largo del prepucio o bien meras incisiones y cicatrices en el pene. Algunos pueblos practicaron la circuncisión femenina, con secciones del clítoris, incisiones en la vulva, etc. En el caso del pueblo hebreo la práctica se remonta al siglo doce a.c. o sea, más de mil años después de haberla comenzado a practicar los egipcios.

Al parecer, entre los egipcios la práctica no era obligatoria o al menos no lo era para todas las capas sociales. Para algunos sólo era exigida a los sacerdotes y se han hallado momias incircucisas. Los ceremoniales podían ser individuales o colectivos, como en los casos de rituales de iniciación, encontrándose frecuentemente asociados a los esponsorios como "pacto de sangre entre ambos sexos. En algunos pueblos la imposición era a esclavos y sirvientes.

Las tesis difusionistas no son satisfactorias por cuanto la circuncisión aparece en América Precolombina (en toda su extensión) y por su lado los pueblos indoeuropeos, vecinos del Mediterráneo, nunca la adoptaron. En los escritos árabes preislámicos hay innumerables testimonios sobre la circuncisión, pero el Corán no sólo no la prescribe sino que ni siquiera la nombra, a pesar de que los mahometanos la realizan a los trece años.

Las diferentes culturas han insertado la circuncisión en mitologías propias, en el caso de los judíos, como Pacto entre Dios y Abraham y sus descendientes, Ismael e Israel, ancestros de árabes y judíos. El denominador común es la imposición de la circuncisión como condición de su aceptación en la comunidad (Ley), y la no aceptación era sancionada con el desprecio, la excomuniación o el ostracismo.

Actualmente, un octavo de la humanidad la práctica.